

en sus juicios y muchas veces lo he acompañado en sus inquietudes sobre el destino del mundo; mi fe ha buscado la suya para renovarse y no pocas veces al sentirme destrozado por el triunfo insolente y continuo del mal y la injusticia, he hallado refugio en su pensamiento; todo esto le explicará la importancia que doy a sus palabras actuales. Su aprobación de la idea, vieja entre nosotros, de reunir en un sólo haz los miembros dispersos de la raza ibero-americana, la veo como una consagración de este ideal, puesto que la formula una de las almas más libres de la época, una que está por encima de los prejuicios de raza y tiempo. No tema usted que traicionemos el verdadero internacionalismo al agruparnos para construir una gran fuerza. Queremos esa fuerza, justamente para garantizar la libertad de expresión de todos los tipos humanos dentro de géneros cada vez más altos. Queremos impedir que una raza, por alta que ella sea, imponga sus caracteres a las otras, pues creemos que la vida debe ser fecunda y múltiple, infinita y libre.

Y esta creencia concilia el ideal de integración con el más amplio objetivo de la verdadera hermandad de todos los hombres.

Haré pública su carta para que toda la América Latina conozca sus conceptos de la misión que nos compete, no de «supremacía racial», sino de amor de la humanidad entera y también para que medite en los defectos que nos impiden realizar esa misión: «molice y violencia, sensualismo disolvente, orgullo personalista, provincialismo nacional, individualismo desenfrenado y sobre todo, rabia de destruir y de destruirse». Todo esto es la verdad misma, y nos hace usted un gran favor proclamándolo. México necesita oír esta voz de admonición porque se encuentra azotado como de una calamidad intermitente. Necesita transformar la rabia de destruir en rabia de construcciones materiales y morales. Necesita construir un ideal. Somos una Nación atea, en el peor sentido del término, atea no tanto porque reniegue de dogmas, sino porque carece de ideales, porque cuando no nos burlamos del ideal, lo pisoteamos o lo desconocemos. Llámese justicia; llámese libertad; llámese amor, no hay nada sagrado entre nosotros. Quizá esto dependa, así lo creo yo a veces, no de ausencia de don religioso, sino de que estamos forjando con la raza nueva, un nuevo concepto de vida. De todas maneras, vivimos sin brújula entre las ambiciones más ruines y los apetitos más locos. Poseemos, afirma usted, el sentido viviente y apasionado de la belleza, y sin duda es allí donde debemos buscar el im-

pulso de nuestra regeneración. Lo alcanzaremos si logramos asentar la moral, asentar la justicia, asentar la vida misma en el misterio de la belleza religiosa. Nuestras luchas civiles de los últimos años han pretendido asegurar una mejor distribución de las riquezas naturales; mejor remuneración del trabajo; dicha y cultura para todos. Pero todo esto es parte de una especie de visión confusa que busca la gloria por caminos que en cierto sentido nos son propios. Claro que tal propósito se ve prostituido a cada instante por la incompreensión, la ineptitud y la maldad, pero el ideal va tomando forma y un día llegará al triunfo, si es que en este mundo tienen razón los que como usted creen que la vida contiene posibilidades superiores. A los que vivimos el conflicto nos parece a menudo que vamos a la dispersión y al caos. En cambio, usted que juzga desde la serena ventana de la contemplación, podrá señalar nuestras faltas y comentar nuestras acciones. Usted no comparte la ceguera europea de creer que sólo allí puede el espíritu ensayar normas creadoras, por eso es usted capaz de adivinarnos, de comprendernos y de aconsejarnos.

Perdone usted que no le haya consultado antes de acordar la traducción

de sus tres vidas: Tolstoi, Beethoven y Miguel Angel. Es porque hemos trabajado con un aprestamiento febril que no permitía espera, y en cambio, sabía intuitivamente, que contaba con usted y que usted se alegraría de nuestro éxito. Justamente hace pocos días llegó a mis manos su *Mahatma Gandhi*, que ahora usted ha tenido la bondad de enviarme. No sé qué decirle de los métodos del Gandhi, pero de todas maneras su ejemplo es admirable y a usted le agradezco que por comunicación subconsciente sepa adivinar las necesidades espirituales de sus discípulos. Solitario por temperamento, solitario aun en medio de la sociedad, constantemente llamo en mi auxilio a las «almas de todos los tiempos y de todas las naciones, que sufrieron, lucharon y vencieron o vencerán», las mismas a quienes usted dedica la Alborada de *Jean Christophe*. Por eso, cuando usted, que es una de esas almas, después de socorrerme tantas veces sin saberlo, ahora me tiende los brazos, no puedo menos que enviarle en respuesta toda mi gratitud acumulada y toda mi fuerza que le jura alianza en la causa sagrada de la liberación de los hombres.

JOSÉ VASCONCELOS.

(Revista de Revistas. México, D. F.)

La cuestión de confianza...

(Viene de la página 24).

con el propio interés que si fuera religiosa, y para lograr un buen suceso, así tiende la mano al obrero como al capitalista, al negro como al blanco, al católico como al protestante y al judío. El es valiente; tiene el valor de hablar y de obrar de acuerdo con sus convicciones; regocíjase cuando los hombres trabajan con él, y sufre cuando se le separan. Mas los que trabajaron con él, con él casi siempre quedaron, porque era el hombre de Cristo por excelencia, y sabía conquistar los corazones.

El enérgico que obedece a un mandato de su conciencia, tiene sin embargo aquel fondo de grandeza, que da toda convicción sincera. En el que sí no cabe la menor grandeza es en el hombre que hace traición a su propio pensamiento. Lo mismo el que alardea de libre pensador y en la intimidad de su fuero tiembla por las penas ultraterrenas que le aguardan, que aquél defensor denodado de la Iglesia Romana, que en nada cree y que sólo busca, con la máscara que lleva, las indulgencias terrenales de los jefes políticos, a quienes sirve mientras se levanta un poco, de quienes se sirve luego para sus pequeños menesteres, y contra quienes más tarde, se indigna, cuando ve llegada la hora propicia de ocupar su puesto. Con frecuencia toma por bandera la propia sotana de los ministros de Cristo, y con ella

en alto, se encamina a la Tierra de Promisión a donde ya otros, de igual modo, llegaron con ventura. Este, como lo vemos, es el propio Calibán, con las alas que ha tomado de Ariel, y conviene señalarlo en tiempo a las gentes sinceras, porque con esas alas postizas vuela él también.

A este respecto hemos creído siempre que nada daña tanto a una doctrina como tener a su servicio falsos predicadores. Todo creyente honrado, al escucharlos, debe sentirse impulsado a gritar: «Vosotros, los que predicáis una cosa y hacéis otra, ¡callaos! Vuestras palabras son una profanación. Hacéis con ellas un daño irreparable; torcéis la marcha de la noble idea que aparentáis sostener». Es que para las causas que defienden los altos ideales del espíritu conviene no tener en las líneas de defensa sino verdaderos apóstoles. La inscripción o el reclutamiento en ellas de los francotiradores de ocasión, es altamente nociva.

* *

Decíamos al principio que a la religión le interesa sobremanera intervenir en la escuela. Mas cuán delicada es esta intervención. ¡Hay planteles—planteles de educación!—que tienen por costumbre calificar la conducta religiosa de sus alumnos como capítulo aparte de la conducta en general. La